



SOBRE EL TOMISMO DE FR. BENITO JERONIMO FEIJOO

JOSE IGNACIO SARANYANA

1. *Introducción*

Benito Jerónimo Feijoo¹, «paradigma del afán integrador que alentaba en algunas mentes ibéricas» a mediados del siglo XVIII², verdadero oráculo de la Preilustración española³, protegido de los tres primeros Borbones, monje hipercrítico, aunque respetado por la Inquisición de Castilla, ha sido uno de los autores de nuestra historia reciente que ha merecido mejor prensa. Su fama en vida fue extraordinaria e indiscutible. Es cierto que a su muerte fue olvidado durante casi cien años, pero el interés por sus escritos reverdeció a finales del XIX y desde entonces no ha decaído.

Ya con la publicación de su primer opúsculo, poco antes de 1725, se enredó, a propio intento, en la agria polémica sobre las causas de la decadencia española, cuando el desastre de Rocroy (1643) todavía gravitaba sobre la conciencia nacional. En ambiente tan enrarecido, sus críticas al estado de postración en que se hallaba la ciencia española no podían ser recibidas con indiferencia, y desde su entrada en la escena

1. Benito Jerónimo Feijoo y Montenegro nació en 1676 en la aldea de Casdemiro, provincia de Orense, y murió en la ciudad de Oviedo, en 1764, cuando iba a cumplir ochenta y ocho años de edad. Había ingresado a los catorce años en la Orden Benedictina. Cursó Artes y Teología de 1692 a 1701. Enseñó siete años en el Colegio de San Vicente, adscrito a la Universidad de Salamanca, y en 1709, cuando cumplía los treinta y tres años, fue destinado al Colegio de San Vicente de Oviedo, donde pasó el resto de su vida, ocupando primeramente la cátedra de Teología Tomista (1710-1721), después la de Sagrada Escritura (1721-1724), también la cátedra de Vísperas (1724-1734) y finalmente la de Prima (1737-1739). Permaneció cincuenta años en el Monasterio de San Vicente, salvo algún viaje a la Corte, en la que era muy apreciado y de la que volvía siempre decepcionado. Desde su cátedra y, después de su jubilación, desde su celda, llevó a cabo una prodigiosa labor reformadora. Para la biografía de Feijoo y la cronología de sus principales obras, cfr. Angel-Raimundo FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, en *Benito Jerónimo Feijoo. Teatro crítico universal*, Eds. Cátedra, Madrid 1983, 2.ª ed., *Introducción*, pp. 11-69.

2. Alvaro HUERGA, *Escolástica*, en «Diccionario de Historia Eclesiástica de España», CSIC, 2 (1972), 839.

3. Cfr. José Luis ABELLÁN, *Historia crítica del pensamiento español*, Espasa-Calpe, Madrid 1981, tomo III: «Del Barroco a la Ilustración», pp. 491-498.

de las letras fue objeto de los sentimientos más contradictorios. Atacado duramente por sus detractores, incluso después de su muerte⁴, reunió junto a sí, sin embargo, al sector más progresivo y deseoso de cambio de la intelectualidad española e hispanoamericana^{4 bis}. Su vigorosa personalidad, el estilo fresco y desenfadado de sus escritos, la maestría con que cultivó el ensayo erudito, la aptitud para divulgar los temas más variados, su capacidad dialéctica y, quizá también, el apoyo corporativo que recibió de la Orden benedictina en la que profesaba desde su adolescencia⁵ y la protección de la Corona, le confirieron un evidente protagonismo en la vida pública preilustrada y el reconocimiento casi unánime de su liderazgo intelectual. Menéndez Pelayo, que ponderó atentamente, casi cien años después de su muerte, las virtudes y defectos de nuestro monje preilustrado, no pudo menos que exclamar: «Yo afirmo que sus escritos me han enseñado mucho y deleitado no poco y que largo tiempo ha de pasar antes que envejezcan»⁶.

Tres son, a mi entender, las características que definen el sistema intelectual de nuestro monje ilustrado. Feijoo eligió, a sabiendas el partido de la libertad, el más brillante, pero también el más arriesgado: «Yo, ciudadano libre de la república literaria, ni esclavo de Aristóteles, ni aliado de sus enemigos, escucharé siempre, antes que a toda autoridad privada, lo que me dictare la razón y la experiencia»⁷. Y para el ejercicio de la libertad escogió un método determinado: la *crítica*, pero entendida

4. Marcelino MENÉNDEZ PELAYO, ofreció una extensa relación de los impugnadores dieciochescos de Feijoo en *La ciencia española*, Imprenta Pérez Dubrull, Madrid 1888, 3.ª ed., tomo III, p. 202. Según José CASO GONZÁLEZ (*Escolásticos e innovadores a finales del siglo XVIII*, en «Papeles de Son Armadans», 109, 1964, 25-48), Menéndez Pelayo sería responsable de haber dividido a los escritores y científicos españoles en dos bandos, según su fidelidad mayor o menor a las tradiciones españolas y su catolicismo más o menos probado. Las tesis del ilustre polígrafo santanderino habrían sido el detonante de otra polémica posterior sobre las causas de la decadencia española, en la cual resultó también involucrado Feijoo. Esta segunda discusión comenzó hacia 1880, con ocasión del segundo centenario de Feijoo, y ha durado hasta hace treinta años. Sobre ella, véase: Alvaro HUERGA, *Ciencia española medieval*, incluido en VV.AA., *El pensamiento medieval*, que constituye el tomo XIV de Agustín FLICHE - Víctor MARTÍN, *Historia de la Iglesia*, trad. cast. Edicep, Valencia 1974, pp. 665-673. Sobre la catolicidad de los «novatores» dieciochescos, véase a modo de ejemplo, Angel-Raimundo FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, *Jovellanos y Mallorca*, Ediciones Biblioteca Bartolomé March, Palma de Mallorca 1974, pp. 63-81, donde se publica la disertación de Jovellanos «Sobre el traslado del coro de la catedral de Palma».

4 bis. Cfr. Vicente PALACIO ATARD, *La influencia del P. Feijoo en América*, en *Simposio sobre el Padre Feijoo y su siglo*, en «Cuadernos de la Cátedra Feijoo», 18 (1966), 21-31.

5. Cfr. Arturo ARDAO, *La filosofía polémica de Feijoo*, Losada, Buenos Aires 1962, pp. 14-15.

6. *Historia de los heterodoxos españoles* (1880-1882), BAC, Madrid 1967, 2.ª ed., vol. II, p. 372. Francisco SERRANO CASTILLA, *El P. Feijoo, polígrafo, según Menéndez Pelayo*, en *Simposio sobre el Padre Feijoo y su siglo*, en «Cuadernos de la Cátedra Feijoo» 18 (1966), 441-444.

7. *Teatro crítico*, VII 13,35 (Citamos por la edición de la Real Compañía de Impresores, Madrid 1777-1778, 14 tomos).

ésta sencillamente como razón natural: «Lo que se llama Crítica no es sino naturaleza. Un buen entendimiento, justo, cabal, claro y perspicaz, es quien constituye un buen crítico»⁸. Y se propuso un objetivo a su empresa liberadora: «No faltarán quienes clamen en ésta como en otras materias, que se deje al vulgo en su buena fe; pero yo no puedo sufrir que a cada paso se llame buena fe lo que es un error craso, lo que es barbarie, lo que es superstición...»⁹. En los tres textos que acabo de citar se observan ya la independencia propia del humanismo; la crítica, aunque no entendida en el sentido que será popularizada por la *Aufklärung* alemana, sobre todo por Kant; y la vocación de educador del pueblo, que hallaremos como rasgo característico de los ilustrados franceses; y, junto a ello, un ferviente y sincero catolicismo, con una fe que vacilaba en ocasiones y le inclinaba a un tenue fideísmo: «Lo que de mí puedo asegurar es que después de la gracia divina, el arma más valiente que siempre he tenido para vencer todas aquellas dificultades que la *razón natural* propone contra los misterios de la fe, ha sido el conocimiento de mi ignorancia de las cosas naturales... ningún aquilón tan prontamente disipa las nubes que escondían la luz del sol, como estas reflexiones serenar las dudas que la *razón natural* opone a los misterios de la fe»¹⁰. Volveré sobre este texto, que me parece clave para comprender su posición intelectual.

He aquí descrito, en breves trazos, el talante de Feijoo, ese equilibrio psicológico inestable, ampliamente reseñado por la historiografía del XIX y XX, que ha sido el origen de tanta discusión en torno a su persona. Menéndez Pelayo, por ejemplo, incluso vindicando su ortodoxia y el valor apologético de sus opúsculos, no le perdonaba ni el descuido del estilo, preñado de galicismos¹¹, ni sus ataques indiscriminados contra la ciencia española¹². Y Arturo Ardao, tan ponderado en sus juicios, ha escrito: «Sin que se propusiera descatolizar a España, es lo cierto que su obstinado análisis racionalista de las deformaciones, populares o no, abrió el camino a posiciones que no tardarían en sobrepasarlas»¹³. Algo debió de prever Feijoo de la tempestad que se avecinaba, pues la muerte le sorprendió cuando preparaba su último discurso titulado *Sobre las raíces de la incredulidad*¹⁴.

8. *Cartas eruditas*, II, 18, 1.

9. *Teatro crítico*, V, 5, 37.

10. *Ibidem*, III, 13,91.

11. «Y fue, más que filósofo, pensador, más que pensador, escritor de revistas o de ensayos a la inglesa. No quiero hacerle afrenta de llamarle periodista, aunque algo tiene de eso en sus peores momentos, sobre todo por el abandono del estilo y la copia de galicismos» (Marcelino MENÉNDEZ PELAYO, *Historia de los heterodoxos*, cit., vol. II, p. 376).

12. «Repito que no le acabo de perdonar nunca estos pecados» (*Ibidem*, vol. II, p. 375).

13. *La Filosofía polémica de Feijoo*, cit., p. 51.

14. Cfr. Guillermo FRAILE, Teófilo URDÁNOZ, *Historia de la Filosofía española*, BAC, Madrid 1972, vol. II: «Desde la Ilustración», p. 32.

2. Valoración feijoniana de la lógica y física aristotélicas

Quizá convenga recordar brevemente cuáles fueron las principales enemigas de Feijoo, porque sobre esta cuestión ha habido muchas interpretaciones y muy variadas, y algunas bastante incorrectas.

Se ha dicho también que su antiaristotelismo alcanzó las cotas más ca¹⁵ y suele citarse el siguiente texto: «¡Qué tiempo tan perdido! En dos pliegos puede comprenderse cuanto hay de útil en las *Súmmulas*. Dos y medio gasté yo en las que formé para mi *Curso de Artes* cuando las leí, y pude ahorrar algún papel, sin que por eso dejase de tener entre mis discípulos tan buenos lógicos como los mejores que hubo en aquel tiempo en la Religión (...) Las siete partes de las ocho que se gastan en tantas divisiones de términos y proposiciones modales, exponibles, exceptivas, reduplicativas, suposiciones, apelaciones, ampliaciones, restricciones, alienaciones, disminuciones, conversiones, equipolencias y reducciones, de nada sirve (...)»¹⁶. El texto referido es muy crítico, pero se ignora que las cuestiones lógicas aludidas por Feijoo corresponden a la llamada *Logica parva* introducida a finales del siglo XIII por Pedro Hispano Portugalense († 1277), que dio lugar a la *Logica modernorum*, tan del gusto del nominalismo bajomedieval, en contraposición a la *Logica antiquorum*, que es la propiamente aristotélica, con algunos añadidos de los estoicos y de Porfirio, Boecio y Pedro Abelardo. Por tanto, la reacción de Feijoo se dirigía más bien contra el hiperdesarrollo lógico postmedieval, o a lo sumo bajomedieval, pero no contra Aristóteles. La misma palabra *summula* expresa bien a las claras quiénes eran los destinatarios de sus críticas. Además, no hemos hallado en sus obras ni una sola reticencia contra los seis tratados del *Organon* aristotélico.

Se ha dicho también que su antiaristotelismo alcanzó las cotas más altas al juzgar la física del Estagirita¹⁷. Y se aduce como prueba el siguiente pasaje de sus obras: «El sistema aristotélico, como lo propuso su autor, nadie puede condenarlo como falso, sí sólo como imperfecto y confuso, porque, conteniéndose en unas ideas abstractas, no descende a explicar físicamente la naturaleza de las cosas. Y, verdaderamente, en lo poco que cuesta la explicación de los efectos naturales que se logra con este sistema, se conoce lo poco que vale. Juzgo que en el espacio de media hora, o una hora cuando más, haría yo filósofo al modo peripatético a un hombre de buena razón que jamás hubiese estudiado palabra de facultad alguna. Con explicarle lo que significan estas voces, materia prima, forma substancia, accidente, potencia o virtud radical y remota, próxima y formal, cualidad y muy pocas cosas más, ya no queda

15. Cfr., por ejemplo, José Luis ABELLÁN, *Historia crítica*, cit., vol. III, p. 500.

16. *Teatro crítico*, VII, 11,2.

17. Cfr. José Luis ABELLÁN, *Historia crítica*, cit., vol. II, p. 501.

qué hacer sino instruirle en que, cuando le pregunten por qué tal cosa produce tal efectos, responda que porque tiene esa virtud o cuadidad productiva de él... ¿Y qué sabe el que sólo sabe esto? Nada, sino unas voces particulares de la escuela y unas nociones comunísimas»¹⁸.

Parece injusta la acusación de Feijoo, y revela su poco conocimiento del *Corpus físico aristotélico*. Hoy sabemos que el joven Aristóteles había ya redactado su *Física*, es decir, estaba en posesión de las nociones principales de Filosofía de la Naturaleza, cuando abandonó Atenas para establecerse en el campo de experimentación de Aso, y que por entonces también había escrito su *Tratado del cielo* y el *Tratado sobre la generación y corrupción* y los *Libros meteorológicos*. A esta *Física* primera de carácter filosófico, añadió más tarde, a la vuelta de sus viajes por Asia Menor y Macedonia (348-335 a. Xto.), varios libros que pueden considerarse científicos en la acepción moderna del término: la *Historia de los animales* (ensayo de taxonomía animal), el *Tratado sobre las partes de los animales*, el *Tratado sobre la generación de los animales*, el *Tratado sobre la marcha de los animales*, su estudio sobre *El movimiento de los animales* y otro sobre *La respiración*, etc.

¿Ignoraba todo esto Feijoo? ¿No se dio cuenta de que ya Aristóteles había intentado una separación entre la Filosofía de la Naturaleza o Física filosófica, y la Física experimental? Pienso que el conocimiento que Feijoo tenía de Aristóteles era muy escaso¹⁹, limitado quizá a sólo las referencias que la Escolástica, y muy especialmente la tardía, había recogido del *Corpus* del Estagirita. Y puesto que el interés de la Escolástica se había centrado especialmente, aunque no únicamente, en las cuestiones metafísico-lógico-teológicas²⁰, había olvidado el tema de la incipiente experimentación aristotélica. Si mi hipótesis de trabajo se confirmase, sería explicable el entusiasmo de Feijoo por los tomistas Pierre Gassendi († 1655) y Emmanuel Maignan († 1676) y, sobre todo, por los ingleses Francis Bacon († 1626) e Isaac Newton († 1727), como supuestos disipadores de las nieblas aristotélicas. Pues en tiempos de Feijoo, la Filosofía de la Naturaleza reivindicaba todavía la exclusiva del análisis de la naturaleza, oponiéndose a que otra disciplina estudiara la naturaleza desde el punto de vista experimental. Y en esa polémica, el Aristóteles que esgrimía la Cosmología dieciochesca era el *primer* Aris-

18. *Teatro crítico*, VII, 13,35-36.

19. Cfr. R. CARBALLO CALERO, *Cómo vía a Aristóteles o Pae Feijoo*, en «Arquivos do Seminario de Estudos Galegos» («Cuadernos de Estudios Gallegos»), 5 (1930), 235-259.

20. Los primeros intentos medievales de separación entre la Física filosófica y la Física experimental pueden rastrearse en los estudios de óptica debidos a Roberto Grosseteste († 1235), y en Roger Bacon († ca. 1292) con sus célebres declaraciones en favor de la experimentación. Pero el movimiento científico no tomará cuerpo hasta bien entrado el siglo XIV. Cfr. Francesco BOTTIN, *La scienza degli occamisti. La scienza tardo-medievale dalle origini del paradigma nominalista alla rivoluzione scientifica*, Maggioli Editore, Rimini 1982.

tóteles, el que todavía no había iniciado sus viajes por Asia Menor. Este Aristóteles, que recién había descubierto las nociones acto y potencia, materia y forma, y otros conceptos para explicar filosóficamente el movimiento y la estructura del concreto, era antepuesto a los Bacon, Newton y otros físicos de la época. Y esta contraposición irritaba a Feijoo, que consideraba al Estagirita por él conocido, muy inferior a los físicos modernos. Pero no estaba por principio contra el mismo Aristóteles, a quien veneraba como gran metafísico: «Quiero decir, que los conceptos de materia, forma, substancia, accidente, cualidad, etc., tomados metafísicamente, son verificables en todos los sistemas»²¹. O, como había escrito al comienzo de su carrera: «Yo convengo en que la filosofía de Aristóteles, como más abstracta (digámoslo así), más espiritualizada, es también más oportuna para el uso de la teología... Pero, para examinar la naturaleza sensible, creo que las reglas mecánicas son más acomodadas y las ideas abstractas serán siempre, como hasta ahora lo han sido, inútiles, porque, según el célebre dicho de Bacon de Verulamio, *natura non abstrahenda est, sed secanda*»²¹.

Podemos concluir ya este epígrafe, afirmando que Feijoo tenía una idea inexacta de los contenidos de la genuina lógica aristotélica. Por eso atribuyó a Aristóteles lo que de hecho eran descubrimientos mucho más tardíos, a saber, de finales del siglo XIII. Esta lógica bajomedieval le había cansado por sus exageraciones formales y sutilezas innecesarias, y pensaba erróneamente que el responsable de tal hastío era el Estagirita. También ignoraba Feijoo la etapa experimental del segundo Aristóteles y sólo conocía la Filosofía de la Naturaleza peripatética, que se le antojaba casi como una Metafísica y apta sólo para teologizar, pero no para experimentar con la naturaleza y descubrir leyes físicas.

De todas formas, y aun reconociendo tales errores históricos y de valoración, me parece un tanto exagerado lo que ha escrito Antonio Mestre: «Feijoo es el creador del ensayo (...). Pretende llegar al gran público y escoge el instrumento adecuado, claro, agresivo y personal, provocando la polémica que, en el fondo, ayuda a difundir sus ideas. Para ello, Feijoo necesita hablar de *omni re scibili*, de filosofía sin especiales conocimientos metafísicos, de derecho sin ser jurista, de historia sin haber pisado un archivo ni manejado documento original alguno, de medicina sin haber observado un enfermo... Es la cruz del ensayista»²³. Pienso que Feijoo sabía bastante más filosofía de la que le atribuye Mestre, como vamos a ver seguidamente.

21. *Teatro crítico*, VII, 12,16.

22. *Apología del scepticismo médico. Ilustración apologética*, n. 50.

23. *Despotismo e ilustración en España*, Ariel, Barcelona 1976, pp. 29-30.

3. Feijoo historiador de la síntesis tomista

Pese a haber ocupado la cátedra de Teología Tomista del Colegio San Vicente de Oviedo durante once años, son pocas las referencias explícitas a Santo Tomás en su tan dilatada producción literaria. Si hemos de fiarnos del *Índice general alfabético de las cosas notables que contienen las obras del muy ilustre Señor D. Fr. Benito Gerónimo Feijoo*, preparado por Joseph Santos²⁴, son sólo nueve las veces en que trata sobre las opiniones del Angélico, a las cuales habría que añadir otra cita olvidada por Joseph Santos y traída por Arturo Ardao. En total, diez referencias de extensión variable. Muy pocas si se comparan, por ejemplo, con las veintiséis dedicadas a Aristóteles, las siete dedicadas a Platón, las nueve de Gassendi y las nueve que aluden directamente a Francis Bacon. Seis de esas referencias al Angélico tienen escaso interés para mi propósito: que Santo Tomás no afirmó en ninguna de sus obras haber hecho oro²⁵; sobre la veracidad de la anécdota que se cuenta, de que creyó en cierta ocasión que un buey volaba²⁶; que coincide con el Aquinatense al definir las causas del amor²⁷; cuál es la opinión de Santo Tomás sobre las indulgencias plenarias y sobre cuánta pena temporal de los pecados perdonan de hecho²⁸; sobre si estima el Angélico que es válido el bautismo conferido *intra uterum*²⁹; y que coincide con Santo Tomás en la noción de ente infinito, a quien compete, por el título absoluto de la plenitud del ser, la continencia formal de todas las perfecciones creadas³¹. Las cuatro citas restantes son muy valiosas para conocer la actitud de Feijoo ante la tradición escolástica, especialmente la tomista; para documentar su erudición de carácter histórico-filosófico; y para comprender el verdadero alcance de su crítica al aristotelismo. Vaya por delante que estas cuestiones han sido poco estudiadas, como lo prueba el hecho de que el «Boletín del Centro de Estudios del Siglo XVIII», de la Universidad de Oviedo, no registre ninguna publicación sobre el tema³².

De todas las veces que menciona a Tomás de Aquino, la más antigua referencia data de una fecha incierta, aunque anterior a 1725. Se trata de un documento feijoniano bastante raro, pero muy valioso, titulado *Post scriptum medicum*, que, como demuestra su rótulo, debe situarse en la época de sus polémicas médicas, es decir, la década de los veinte. Fue reeditado por su amigo Martín Martínez, como anejo a la segunda

24. Publicado por la Real Compañía de Impresores y Libreros, en Madrid 1774.

25. *Teatro crítico*, III, 8,45-46.

26. *Ibidem*, VII, 10,56.

27. *Ibidem*, VII, 15,27.

29. *Cartas eruditas*, I, 44,26-33.

30. *Cartas eruditas*, II, 27,53-58.

31. *Cartas eruditas*, V, 1, 61-67.

32. BOCES XVIII, Cátedra Feijoo, Universidad de Oviedo 1973ss.

edición de su *Medicina Scéptica*³³. En este ensayo dedicaba Feijoo dos largos párrafos al tratamiento que Santo Tomás había dado a la filosofía del Estagirita (números 51 y 52). Vale la pena copiar las primeras líneas: «Santo Tomás hizo sapientísimamente con el Príncipe de los Peripatéticos lo que el Santo Tribunal de la Inquisición ejecuta con los libros útiles, pero en alguna parte viciados: borró lo nocivo y aprovechó lo útil. Antes que Santo Tomás viniese al mundo padeció Aristóteles la misma fortuna, y aún peor que hoy Descartes. Los Padres de la primitiva Iglesia miraron la doctrina aristotélica con notable ojeriza, considerándola enemiga de la católica». Etcétera. Y pasa, acto seguido, a relatar el proceso de las condenas de Aristóteles, acaecidas a comienzos del siglo XIII.

Cuando se refiere a los Padres de la Iglesia que miraron con ojeriza a Aristóteles, piensa en San Ireneo, San Cirilo, San Epifanio, Orígenes, Tertuliano, Sidonio Apolinar, Lactancio y otros, como se puede mostrar compulsando su famoso discurso sobre *Mérito y fortuna de Aristóteles y de sus escritos*, publicado en 1730 por vez primera, que es un ensayo análogo al *Post scriptum medicum* por estructura, argumentos y contenido, incluso con párrafos prácticamente literales, aunque más extenso³⁴. Sabe Feijoo que la suerte de Aristóteles mejoró en el siglo VI con Severino Boecio; conoce que fue traducido del griego al árabe y que llegó a Europa en la época del Califato almohade ibérico. Recuerda con todo detalle las sucesivas condenas sufridas por el Estagirita en París: 1210, 1215 y 1231. Y da noticia, finalmente, de que hubo ya en el siglo XIII traducciones de Aristóteles directas del griego .

Sus fuentes de documentación, que omite en el *Post scriptum medicum*, pero no en el discurso sobre el *Mérito y fortuna de Aristóteles*, son las siguientes: para los datos de Historia de la Filosofía, el inglés Thomas Stanley († 1678), cuya *History of Phylosophy*, en tres volúmenes, había sido traducida al latín en 1711 y ampliada por Olearius; para las condenas de Aristóteles maneja la obra del jesuita Philippe Labbé († 1667), titulada *SS. Concilia ad regiam editionem exacta, cum duobus apparatusibus*, publicada en París en diecisiete volúmenes, en 1671-1672; y tiene a la vista, además, la *Historia ecclesiastica* del dominico francés Natal Alejandro († 1724), supongo que la segunda edición de 1699, puesto que la primera fue incluida en el *Indice de los libros prohibidos*, por el Papa Inocencio XI, a causa de sus tendencias galicanas. Como

33. Martín MARTÍNEZ, *Medicina Scéptica y Cirugía Moderna con un tratado de operaciones Chirúrgicas. Tomo primero, que llaman tentativa médica*. Compuesto por el Doct. D. ... Segunda Impresión añadida, con una Apología del Rmo. P. M. Fr. Benito Feijoo. Dedicado al Excmo. Sr. D. Andrés de Orbe y Larreategui... Madrid, Impr. de Gerónimo Roxo [1925]. Agradezco esta información a la Dra. Carmen Bobes, catedrático de Crítica Literaria en la Universidad de Oviedo.

34. *Teatro crítico*, IV, 7, 28-29.

conclusión de esta breve encuesta puedo afirmar que Feijoo aduce los datos históricos con rigor notable. Por ejemplo: la descripción que ofrece de las condenas de Aristóteles es absolutamente exacta, lo que resulta especialmente meritorio en su tiempo, puesto que cuando editó el *Post scriptum medicum*, todavía no se habían publicado ni la *Collectio iudiciorum de novis erroribus*, de Duplessis d'Argenté, que data de 1728, ni el *Thesaurus novus Anecdotorum* de Martène y Durand, que vio la luz en 1725. La monografía de Martín Grabmann sobre *I divieti di Aristotele* nada tiene que corregir al relato de Feijoo³⁵, salvo quizá la mayor modernidad en la citación de los nombres propios.

Pues bien; basado en esta documentación, que es historiográficamente irreprochable, Feijoo afirmó, ya antes de 1725, que Santo Tomás había expurgado al Estagirita de sus errores para acogerlo en provecho propio y de la Religión. Lo repetirá con mayor convicción en una carta editada en 1753³⁶, en que argumenta sobre el partido que la Teología puede sacar de las ciencias humanas: «Quisiera yo que aquellos a quienes Santo Tomás nunca cae de la boca, para improbar todo lo que no es de Santo Tomás, hiciesen lo que hizo este gran Doctor, o por lo menos dejasen en paz a los que procuran hacerlo. Santo Tomás de todo estudió, de todo supo, como se ve en tantos símiles como usa de las materias de otras ciencias para explicar las teológicas. De Santo Tomás se puede decir lo que el Santo, citando a San Jerónimo, dice de los antiguos doctores: 'Los Doctores antiguos salpicaron sus libros con tantas doctrinas y sentencias de los filósofos, que no se sabe qué admirar más en ellos, si su erudición en las ciencias seculares o en la Doctrina Sagrada' (I,1,5). Santo Tomás entendió en aquellas siervas o criadas, que en el capítulo nono de los Proverbios se dice estaban al mando de la Sabiduría: 'Mandó que sus esclavas fuesen llamadas a la ciudadela', las ciencias humanas, que sirven a la Teología; por consiguiente conoció que el ministerio de todas ellas es conducente para el estudio de su soberana doctrina».

Sin embargo, la expurgación tomasiana del Estagirita no fue un puro dejar esto y tomar lo otro. Supuso, como adivina Feijoo, un estilo nuevo en el filosofar y teologizar, pues implicó buscar aquí y allá todo lo verdadero que haya producido el humano saber, para desvelar los grandes misterios divinos, y significó además, un nuevo método apologético: «Conociendo, pues, Santo Tomás que en cualquier Reyno domina aquella religión que es patrocinada de los hombres eminentes en sabiduría; y viendo la alta reputación que entre los enemigos de la Fe se había adquirido Aristóteles, con religiosa y admirable política aplicó el singularísimo ingenio y superior luz de que el Cielo le había dotado, a hacer a

35. Cfr. Martin GRABMANN, *I divieti di Aristotele sotto Innocenzo III e Gregorio IX*, en *Miscellanea Historiae Pontificiae*, vol. V, P.U.G., Roma 1941.

36. *Cartas eruditas*, IV, 18,45.

Aristóteles de nuestra parte, depurando su filosofía de todos los errores, de modo que pudo servir de base a aquel admirable y armonioso sistema de teología escolástica que debemos al Doctor Angélico»³⁷. Por eso Feijoo se indignaba de que le acusasen de echar mano de herejes cuando citaba a Leibniz, Boyle y Newton, y replicaba: «¡Oh mal paliada envidia! podría acaso exclamar yo. ¡Oh ignorancia abrigada de la hipocresía! No ignoran, ni pueden ignorar, siendo escolásticos, que Santo Tomás citó muchas veces con aprecio en materias físicas y metafísicas, como autores de particular distinción, a Averroes y Avicena, notorios mahometanos, ya confirmando con ellos su sentencia, ya explicándolos cuando se alegaban por la opuesta. Preguntaré ahora a estos escolásticos, si se tienen por más celosos de la pureza de la Fe que Santo Tomás; y si los mahometanos son más píos, o menos enemigos de la Iglesia de Dios, que los luteranos y calvinistas»³⁸. Y concluía finalmente: «Esto (la actitud de los escolásticos que critica), bien entendido, viene a ser querer escudar la religión con la barbarie, defender la luz con el humo, y dar a la ignorancia el glorioso atributo de necesaria para la fe».

4. Feijoo defensor de Tomás de Aquino

La defensa, en tantos momentos apasionada, del método apologético y saprofito de Santo Tomás, habría de plantearle, a la corta, un problema difícil. Feijoo se hallaba comprometido en una dura batalla contra la Física aristotélica y el espíritu decadente de la Escolástica. Rechazaba la Física por parecerle demasiado abstracta y alejada de las cosas de la naturaleza³⁹; ajena, por consiguiente, al espíritu científico de los siglos XVII y XVIII. Pero, era consciente, al mismo tiempo, de que el Estagirita había desarrollado en la Física sus célebres *binaria famosissima*, según expresión de Guillermo de Ockham, a saber: acto y potencia, materia y forma, substancia y accidente, que fueron acogidos fidelísimamente por el Aquinatense. ¿Cómo justificar su apología del Angélico, si también

37. *Post scriptum medicum*, 52. La idea de que la expurgación tomista del parietismo constituye un buen método apologético, procede de la *Historia del Concilio de Trento*, en dos volúmenes, publicada en 1656 por el jesuita Cardenal Sforza Pallavicino († 1667), de donde la toma Feijoo. El mismo argumento se repite en *Teatro crítico*, IV, 7,34: «¿Qué hizo, pues, Santo Tomás? Al modo del advertido caudillo, que halla mucha más conveniencia en traer a su partido alguna porción de los enemigos, que atacarlos a todos, concibió un proyecto digno de su generoso espíritu, que fue traer a Aristóteles al bando de la Iglesia Católica, y hacer que militasen debajo de las banderas de la verdad las armas que antes servían al error. Con esta mira (según el Cardenal Pallavicini) puso de concierto a la Teología escolástica con la filosofía aristotélica, aprovechándose de las voces y conceptos de ésta para explicar los Misterios de aquélla».

38. *Cartas eruditas*, II, 16,35-36.

39. *Post scriptum medicum*, 53.

éste había incurrido en los mismos errores físicos que Aristóteles? E incluso, ¿cómo defender el ideario metafísico de Tomás de Aquino, basado en los *binaria famosissima* de Aristóteles? ⁴⁰.

Feijoo, tan buen dialéctico y hábil en sus discusiones, no podía echarse atrás por esta dificultad. Y encontró la solución en una obra de Tommaso Campanella († 1639), autor poco proclive al tomismo, quien, citando una cierta *Crónica de la Orden de Predicadores* ⁴¹, afirma que en la Orden dominicana «se hizo un decreto, para que fuese seguido Santo Tomás en los escritos teológicos y morales, pero no en los filosóficos: *sequendus est Divus Thomas dominicanis in theologicis et moralibus, non autem in philosophicis*». A lo cual comenta Feijoo: «Parece que para esta prohibición consideraron, no como de Santo Tomás, sí sólo como de Aristóteles, la filosofía de Aristóteles que está vertida en las obras de Santo Tomás» ⁴².

Resulta difícil averiguar el origen de ese decreto dominicano si es que realmente lo hubo en tal sentido, porque las actas de los primeros capítulos de la Orden guardan silencio sobre él. En todo caso, haya sido o no dictado ese decreto, me atrevería a proponer una hipótesis sobre la génesis del rumor, según el cual la filosofía tomasiana habría sido proscrita. Como se recordará, el 18 de marzo de 1277, Roberto Kilwardby, Arzobispo de Canterbury y dominico, daba a conocer la condenación de treinta proposiciones filosóficas, entre las cuales dieciséis de filosofía natural. La publicación de la condena de Oxford fue interpretada como una censura a Santo Tomás, y efectivamente lo era, tanto en la intención de legislador dominico, como de hecho, puesto que varias de las tesis eran claramente tomistas. Así las cosas, no es inverosímil que en los círculos intelectuales británicos corriese la especie de que los dominicos habían acogido solamente las tesis teológicas de su correligionario. Guillermo de Ockham, buen conocedor del ambiente inglés de comienzos del XIV, refiere, en su *Dialogus*, que algunos pensaban así ⁴³.

Conviene advertir, y esto me parece particularmente importante, que sólo en un contexto nominalista podría pensarse en la separación entre filosofía y la teología tomasianas. En el supuesto de tal separación, la teología quedaría reducida al patrimonio común de la tradición católica;

40. Del par *essentia-esse* no he hallado mención en las obras feijonianas.

41. Debe de tratarse de una obra de Campanella tutilada *De gentilismo non retinendo*. No he podido determinar a qué crónica se refiere Campanella. Las tres primeras crónicas de la Orden dominicana, de carácter general, fueron escritas tardíamente en el siglo XVI, y son: *Chronica brevis*, de Castellanus (Venecia 1504), *Chronica de la Orden de los Predicadores*, de Juan de la Cruz (Lisboa 1567), y *Chronicon Fratrum Ordinis Praedicatorum* del Senesis (París 1585). Debo esta información al R. P. Victorino Rodríguez O. P.

42. *Teatro crítico*, IV, 7,7.

43. Citado por Pierre MANDONNET, *Siger de Brabant et l'averroïsme latin au XII siècle*, Institute Supérieur de Philosophie de l'Université, Louvain 1911, 2.^a ed., vol. I, p. 235, nota 3.

en definitiva, a la fe. Por ejemplo: que los ángeles son espirituales, pero sin entrar en qué significa serlo; que el alma humana es inmortal, pero sin considerar la causa de su inmortalidad; que la inteligencia humana conoce, pero orillando las cuestiones sobre el origen de nuestro conocimiento; que las virtudes teologales son gracias sobrenaturales, pero rehuendo la discusión sobre si son hábitos y cómo inhiere en el alma. La Teología sin Filosofía se convierte en pura fe, sin más. La Teología sin especulación filosófica conduce al fideísmo o al agnosticismo, que es su otra cara.

Pienso que ha llegado el momento de recordar un texto de Feijoo citado al principio de este estudio, a propósito de ciertas vacilaciones que el monje benedictino tenía en materia de fe: «lo que de mí puedo asegurar es que después de la gracia divina, el arma más valiente que siempre he tenido para vencer todas aquellas dificultades que la razón natural propone contra los misterios de la fe, ha sido el conocimiento de mi ignorancia de las cosas naturales... ningún aquilón tan prontamente disipa las nubes que escondían la luz del sol, como estas reflexiones serenan las dudas que la razón natural opone a los misterios de la fe» (cfr. nota 10).

La cuestión es determinar qué significa para Feijoo «ignorancia de las cosas naturales». Si aquí se está haciendo profesión de sabiduría en relación con la ignorancia de la naturaleza de las cosas, o en relación al análisis experimental de las cosas mismas. La distinción es importante, porque el vacío que origina el abandono de la Filosofía Natural nunca puede —en mi opinión— ser resuelto por la Física experimental. También se intuye, al filo de esta reflexión, que la separación entre Teología y Filosofía —no su distinción— tiene una incidencia trascendental sobre la misma fe. Por eso la tesis de que la Filosofía de Santo Tomás sólo es apta para la Teología, pero que debe ser sustituida por otra filosofía en el análisis de la naturaleza, no pasa de ser un púdico obsequio a la tradición, que escamotea el rigor de método. O la filosofía de Santo Tomás tiene valor para el análisis de la naturaleza, o el rigor científico obligaría también a abandonarla válidamente en el campo teológico.

J. I. Saranyana
Instituto de Historia de la Iglesia
Universidad de Navarra
PAMPLONA